29ª conferencia. Revisión de la doctrina de los sueños

Señoras y señores: Ahora que tras una pausa de más de quince años vuelvo a convocarlos para departir con ustedes acerca de lo nuevo, y acaso también de lo mejor, que el período intermedio ha aportado al psicoanálisis, desde más de un punto de vista es justo y razonable que dirijamos nuestra atención en primer lugar al estado de la doctrina de los sueños. Ella ocupa en la historia del psicoanálisis un lugar especial, marca un punto de viraje; con ella el psicoanálisis consumó su transformación de procedimiento terapéutico en psicología de lo profundo. Desde entonces, sin duda alguna, la doctrina de los sueños ha permanecido como lo más distintivo y propio de la joven ciencia, algo que no tiene equivalente en el resto de nuestro saber, una porción de territorio nuevo arrancada a la superstición y a la mística. La extrañeza de las aseveraciones que se vio precisada a formular le ha conferido el papel de un *shibbólet** cuya aplicación decidió quién pudo convertirse en partidario del psicoanálisis y quién, definitivamente, no consiguió aprehenderlo. Para mí mismo fue un asidero seguro en aquellos difíciles tiempos en que el sumario de los hechos no discernidos de las neurosis solía enredar mi juicio inexperto. Toda vez que empezaba a dudar acerca de la corrección de mis vacilantes conocimientos, haber conseguido trasponer un sueño confuso y sin sentido en un proceso anímico correcto y comprensible acaecido en el soñante renovaba mi confianza de hallarme sobre la pista correcta.

Por eso reviste para nosotros particular interés estudiar justamente en la doctrina de los sueños, por una parte, las mudanzas que el psicoanálisis ha experimentado en este intervalo y, por la otra, los progresos que entretanto ha hecho en la comprensión y el aprecio de los contemporáneos. Desde ahora les anuncio que se desilusionarán ustedes en ambos aspectos.

* {«*Shibbólet*», palabra hebrea que utilizaban los galaaditas para reconocer a sus enemigos los efraimitas, quienes decían «*sibbólet*» «porque no podían pronunciar de aquella suerte» (*Jueces*, 12:5-6).}

Hojeen conmigo las entregas de la *Internationale Zeitschrift für (ärztliche) Psychoanalyse*,* donde se concentran desde 1913 los trabajos decisivos en nuestro campo. Hallarán en los primeros volúmenes una sección permanente con el título «Sobre la interpretación de los sueños», que contiene abundantes contribuciones referidas a los diversos puntos de la doctrina de los sueños. Pero a medida que avanzamos en el tiempo, aquellas se vuelven más raras, hasta que la sección permanente termina por desaparecer. Los analistas se comportan como si no tuvieran nada más que decir sobre el sueño, como si la doctrina de los sueños estuviera concluida. Y si ahora ustedes preguntan qué han aceptado de la interpretación de los sueños los extraños, el gran número de psiquiatras y psicoterapeutas que cocinan su guiso en nuestro fuego —sin mostrarse muy agradecidos por la hospitalidad, dicho sea de pasada—, las personas llamadas cultas, que suelen apropiarse de los resultados llamativos de la ciencia, los literatos y el gran público, la respuesta es poco satisfactoria. Ciertas fórmulas se han vuelto consabidas; entre ellas, algunas que nosotros nunca sustentamos, como la tesis de que todos los sueños son de naturaleza sexual. Pero justamente cosas tan importantes como el distinguo básico entre contenido manifiesto del sueño y pensamientos oníricos latentes, la intelección de que los sueños de angustia no contradicen la función del sueño como cumplimiento de deseo, la imposibilidad de interpretar el sueño cuando no se dispone de las respectivas asociaciones del soñante, y, particularmente, el discernimiento de que lo esencial en él es el trabajo del sueño, todo eso parece aún tan ajeno a la conciencia general como lo era treinta años antes. Tengo derecho a hablar así, pues en el curso de estos años he recibido innumerables cartas cuyos autores me presentaban sus sueños para que los interpretase o pedían información sobre la naturaleza del sueño, y aunque afirmaban haber leído *La interpretación de los sueños*, dejaban traslucir en cada frase su incomprensión de nuestra doctrina. Ello no debe disuadirnos de volver a exponer en su trabazón lo que sabemos sobre el sueño. Recuerden ustedes que la vez anterior dedicamos toda una serie de conferencias a mostrar cómo se había llegado a entender este fenómeno hasta entonces inexplicado.¹

* {Revista internacional de psicoanálisis (médico); a partir del volumen 6 de la revista se suprimió de su título el adjetivo «ärztliche» («médico».)}

¹ [Cf. la parte II de las *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-17).]

Y bien; cuando alguien, por ejemplo un paciente en el análisis, nos informa de uno de sus sueños, suponemos que con ello nos ha hecho una de las comunicaciones a que se comprometió al iniciar el tratamiento analítico. Sin duda, una comunicación con medios inapropiados, pues el sueño no es en sí una manifestación social, un medio para entenderse. En efecto, no comprendemos lo que el soñante quiso decirnos, y tampoco él mismo lo sabe mejor. Ahora debemos tomar rápidamente una decisión: O bien el sueño es, como nos lo aseguran los médicos no analistas, un indicio de que el soñante ha dormido mal y de que no todas las partes de su cerebro se han entregado al reposo en igual medida, pues ciertos lugares quisieron seguir trabajando bajo el influjo de estímulos desconocidos y sólo pudieron hacerlo de manera muy imperfecta... y, si así fuera, convendría que no nos ocupáramos más de ese producto de la perturbación nocturna, carente de todo valor psíquico (en efecto, ¿qué podríamos esperar de su indagación que resultase útil para nuestros propósitos?); o bien... caemos en la cuenta de que desde el comienzo nuestra decisión fue otra. Adoptamos la premisa —admito que de manera totalmente arbitraria—, formulamos el postulado de que también ese sueño incomprensible tiene que ser un acto psíquico de pleno derecho, rebosante de sentido y de valor, que podemos usar en el análisis como a cualquier otra comunicación. Sólo el éxito del experimento podrá mostrar que estamos en lo cierto. Si conseguimos trasmudar el sueño en una exteriorización así, provista de valor, es evidente que tendremos perspectivas de averiguar algo nuevo, de recibir una clase de comunicaciones que de otro modo habrían permanecido inaccesibles para nosotros.

Ahora bien, en este punto se elevan ante nosotros las dificultades de nuestra tarea y los enigmas de nuestro tema. ¿Cómo lograremos trasmudar el sueño en una comunicación normal de esa índole, y cómo explicaremos que una parte de las exteriorizaciones del paciente haya cobrado esa forma incomprensible para él tanto como para nosotros?

Ven ustedes, señoras y señores, que esta vez no emprendo el camino de una exposición genética, sino dogmática. El primer paso será afianzar nuestra novedosa postura frente al problema del sueño introduciendo dos nuevos conceptos, dos nuevos nombres. A lo que se ha denominado «sueño» lo llamamos texto del sueño o *sueño manifiesto*; y a lo que buscamos, a lo que por así decir conjeturamos tras el sueño, pensamientos oníricos *latentes*. Entonces podemos formular

del siguiente modo nuestras dos tareas: Tenemos que trasladar el sueño manifiesto en el latente e indicar cómo en la vida anímica del soñante este último se convirtió en el primero. La primera parte es una tarea práctica, corresponde a la *interpretación del sueño*, necesita de una técnica; la segunda es una tarea teórica, debe explicar ese proceso supuesto del *trabajo del sueño* y no puede ser sino una teoría. Ambas, la técnica de la interpretación del sueño y la teoría del trabajo del sueño, tienen que ser creadas.

¿Por qué parte empezar? Propongo que lo hagamos con la técnica de la interpretación del sueño; resultará más plástica y les producirá una impresión más viva.

El paciente, pues, ha referido un sueño que debemos interpretar. Lo hemos escuchado impasibles, sin poner en movimiento nuestra reflexión.² ¿Qué haremos primero? Nos resolvemos a hacer el menor caso posible de lo que hemos escuchado, del sueño *manifiesto*. Desde luego, este último presenta toda clase de caracteres que no nos resultan indiferentes del todo. Puede ser coherente, poseer una composición tersa como la de una creación literaria, o bien ser confuso hasta resultar incomprensible, casi como un delirio; puede contener elementos absurdos o chistes y conclusiones en apariencia agudas; puede aparecerle al soñante claro y nítido o turbio y borroso, sus imágenes mostrarán la plena intensidad sensible de las percepciones o serán desleídas como una sombra fugitiva, y los más diversos caracteres pueden darse cita en el mismo sueño, distribuirse en diversos lugares; por último, el sueño puede mostrar un tono afectivo indiferente o ir acompañado por las más intensas excitaciones alegres o penosas. No crean ustedes que desdeñamos por completo esa infinita diversidad del sueño manifiesto;] más tarde volveremos a considerarla y hallaremos en ella mucho de utilizable para la interpretación, pero al comienzo la omitimos y echamos a andar por el camino principal que lleva a la interpretación del sueño. Vale decir, exhortamos al soñante a liberarse igualmente de la impresión del sueño manifiesto, a que aparte su atención del conjunto y la dirija a los elementos singulares del contenido del sueño, y a que nos comunique, en su secuencia, cuanto se le ocurra sobre cada

² [Se hallarán algunas esclarecedoras consideraciones sobre la reflexión, dentro de un contexto similar, en *La interpretación de los sueños* (1900a), AE, 4, pág. 123.]

uno de estos fragmentos, las asociaciones que le **acuden** cuando los considera por separado.

¿No es verdad que tenemos ahí una técnica particular, diversa del modo usual de tratar una comunicación o enunciado? Ya coligen ustedes que tras ese procedimiento se esconden premisas no explicitadas todavía. Pero sigamos adelante. ¿En qué orden haremos que el paciente aborde los fragmentos de su sueño? Se nos abren varios caminos. Podemos seguir simplemente el orden cronológico tal como resultó del relato del sueño. Es el método llamado clásico, el más riguroso. O podemos indicar al soñante que busque primero en el sueño los *restos diurnos*, pues la experiencia nos ha enseñado que en casi todo sueño se inserta un resto mnémico o una alusión a un episodio —con frecuencia a varios— del día del sueño, y cuando seguimos esos anudamientos solemos hallar de un golpe el paso del mundo en apariencia remoto del sueño a la vida real del paciente. O bien le ordenamos comenzar por aquellos elementos del contenido del sueño que le resultan llamativos por su particular nitidez e intensidad sensible. En efecto, sabemos que le será particularmente fácil obtener asociaciones sobre ellos. Es indiferente por cuál de estas modalidades nos acerquemos a las asociaciones buscadas.³

Por fin obtenemos esas asociaciones. Aportan las cosas más variadas, recuerdos del día anterior, el día del sueño, y de un lejano pasado; reflexiones, discusiones con su pro y su contra, confesiones e interpelaciones. Muchas de ellas le brotan al paciente, frente a otras se atasca un rato. La mayoría muestra un vínculo neto con un elemento del sueño, y ello no es asombroso, puesto que partieron de él; pero también sucede que el paciente las introduzca con estas palabras: «Esto no parece tener nada que ver con el sueño; lo digo porque se me ocurre».

Si uno presta oídos a esta plétora de ocurrencias, pronto nota que tienen en común con el contenido del sueño algo más que su mero punto de partida. Arrojan una luz sorprendente sobre todas las partes del sueño, llenan las lagunas que había entre ellas, vuelven comprensibles sus raros agrupamientos. Por fin, a uno no puede menos que aclarársele la relación entre ellas y con el contenido del sueño. El sueño aparece como una selección abreviada de las asociaciones, es verdad que producida de acuerdo con reglas que todavía no

³ [En sus «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923c), *AE*, 19, pág. 111, Freud da una lista algo diferente de estas modalidades.]

penetramos; y sus elementos, como los representantes {*Repräsentant*} de una multitud, surgidos de una elección. No hay duda de que mediante nuestra técnica hemos obtenido aquello que es sustituido por el sueño y en lo cual ha de hallarse su valor psíquico, pero, al mismo tiempo, algo que ya no muestra las propiedades extrañas del sueño, su ajenidad y confusión.

Pero, ¡cuidado con un malentendido! Las asociaciones sobre el sueño no son todavía los pensamientos oníricos latentes. Estos están contenidos en las asociaciones como en un líquido madre; empero, no lo están acabadamente. Por un lado, las asociaciones aportan mucho más que lo que necesitamos para la formulación de los pensamientos oníricos latentes, a saber: aportan todas las puntualizaciones, transiciones, conexiones que el intelecto del paciente debió producir en tanto se iba aproximando a los pensamientos oníricos. Por otro lado, es frecuente que la asociación se detenga justo delante de los pensamientos oníricos genuinos, sólo llegue hasta su cercanía, los roce apenas en las alusiones. Entonces intervenimos por nuestra cuenta, completamos las indicaciones, extraemos conclusiones irrefutables, enunciamos aquello que el paciente sólo convocó en sus asociaciones. Esto suena como si dejáramos a nuestro ingenio y nuestro albedrío jugar con el material que el soñante puso a nuestra disposición, como si abusáramos de ese material introduciéndole sentidos {*bineindeuten*} que no podrían extraerse de él mediante interpretación {*herausdeuten*}; y en verdad, en una exposición abstracta no es fácil demostrar la legitimidad de nuestro proceder. Pero bastará que hagan ustedes mismos el análisis de un sueño o profundicen en uno de los ejemplos bien descritos en nuestra bibliografía para que se convengan de la fuerza probatoria de ese trabajo interpretativo.

Si en la interpretación del sueño dependemos en general y principalmente de las asociaciones del soñante, hay empero ciertos elementos del contenido del sueño frente a los cuales nos comportamos con entera autonomía, sobre todo porque nos vemos precisados a hacerlo, porque comúnmente fallan las asociaciones sobre ellos. Desde temprano hemos notado que los contenidos a raíz de los cuales esto ocurre son siempre los mismos; no son muy numerosos, y una experiencia acumulada nos ha enseñado que deben aprehenderse e interpretarse como *símbolos* de otra cosa. Por comparación con los otros elementos oníricos es lícito atribuirles un significado fijo, que, empero, no necesita ser unívoco, y cuya extensión es comandada por reglas particu-

lares, insólitas para nosotros. Dado que sabemos traducir esos símbolos —no así el soñante, aunque él mismo los ha usado—, puede suceder que el sentido de un sueño se nos vuelva claro de inmediato antes de cualquier empeño por interpretarlo y tan pronto como hemos escuchado el texto del sueño, mientras que el soñante mismo sigue enfrentado a un enigma. Pero acerca del simbolismo, lo que sabemos de él, los problemas que nos depara, ya he dicho tanto en mis conferencias anteriores que hoy no necesito repetirme.⁴

He ahí, pues, nuestro método de interpretación de los sueños. La pregunta inmediata, plenamente justificada, reza: ¿Es posible interpretar con su auxilio todos los sueños?⁵ Y la respuesta es: No, no todos, pero sí un número suficiente como para certificar la aplicabilidad y justificación del procedimiento. Pero, ¿por qué no todos? Esta nueva respuesta nos enseñará algo importante que por sí mismo nos introduce en las condiciones psíquicas de la formación del sueño: porque el trabajo de la interpretación del sueño se realiza contra una resistencia cuya magnitud varía desde lo imperceptible hasta lo insuperable —al menos para nuestros medios actuales—. En el curso del trabajo, es imposible pasar por alto las exteriorizaciones de esa resistencia. En muchos lugares las asociaciones se brindan sin vacilación alguna y ya la primera o la segunda ocurrencia traen el esclarecimiento. En otras, el paciente se atasca y titubea antes de enunciar una asociación, y luego uno tiene que escuchar una larga cadena de ocurrencias antes de conseguir algo utilizable para la comprensión del sueño. Con derecho, consideramos más intensa la resistencia cuanto más larga y sinuosa es la cadena de asociaciones. También en el olvido de los sueños registramos esa misma influencia. Harto a menudo ocurre que el paciente, por más que se empeña, no puede acordarse de uno de sus sueños. Empero, tras eliminar en un tramo de trabajo analítico cierta dificultad que había perturbado al paciente en su relación con el análisis, el sueño olvidado vuelve a presentarse de pronto. Aquí vienen al caso otras dos observaciones. Con mucha frecuencia sucede que al comienzo se omite algún fragmento de un sueño, y luego se lo agrega como complemento. Ha de entenderse como un intento de olvidarlo. La experiencia muestra que justo ese fragmento es el más significativo; suponemos, pues,

⁴ [Cf. la 10ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17).]

⁵ [Poco tiempo atrás, Freud había dedicado a los límites de la interpretabilidad una sección de su trabajo «Algunas notas adicionales a la interpretación de los sueños en su conjunto» (1925i), *AE*, 19, págs. 129 y sigs.]

que su comunicación tropezó con una resistencia más intensa que la de otros.⁶ En segundo lugar, a menudo vemos que el soñante trabaja en sentido contrario al olvido de sus sueños si los fija por escrito enseguida de despertar. Podemos decirle que es inútil, pues la resistencia a la que de ese modo arrancó la conservación del texto del sueño se desplaza entonces a las asociaciones y hace que el sueño manifiesto sea inaccesible a la interpretación.⁷ En tales circunstancias, no nos asombrará que un ulterior incremento de la resistencia sofoque por completo las asociaciones, frustrando así la interpretación del sueño.

De todo ello inferimos que la resistencia que notamos en el curso de nuestro trabajo de interpretación tiene que haber participado también en la génesis del sueño. Cabe distinguir directamente entre sueños generados bajo una escasa o una elevada presión de resistencia.⁸ No obstante, aun dentro del mismo sueño, esa presión varía de un lugar a otro; es culpable de las lagunas, oscuridades y confusiones que pueden interrumpir la trama hasta del sueño más hermoso.

Pero, ¿qué es lo que produce resistencia y contra qué? Pues bien; la resistencia es para nosotros el indicio más seguro de un conflicto. Tiene que haber ahí una fuerza que quiera expresar algo y otra que no se avenga a permitir esa exteriorización. Es posible que el sueño manifiesto, sobrevenido después, reúna todas las decisiones en que se condensó esa lucha entre las dos aspiraciones. En cierto lugar, una de las fuerzas acaso consiguió imponer lo que quería decir; en otro, la instancia contrariante logró borrar por completo la comunicación intentada o sustituirla por algo que ya no dejaba traslucir ningún rastro de ella. Los casos más frecuentes —y los más característicos para la formación de los sueños— son aquellos en que el conflicto desembocó en un compromiso, de suerte que la instancia comunicante pudo decir lo que quería, pero no tal como quería decirlo, sino sólo atemperado, desfigurado y vuelto irreconocible. Por tanto, que el sueño no refleje fielmente los pensamientos oníricos, que haga falta un trabajo interpretativo para salvar el hiato entre aquel y estos, he ahí un éxito de la instancia contrariante, inhibidora y restrictiva que hemos descubierto a partir de la percepción de la resistencia en nuestro trabajo

⁶ [Cf. *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 5, pág. 513.]

⁷ [Cf. «El uso de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis» (1911e), *AE*, 12, pág. 91.]

⁸ [Cf. «Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación de los sueños» (1923c), *AE*, 19, pág. 112.]

de interpretación. Mientras estudiamos al sueño como un fenómeno aislado, con independencia de las formaciones psíquicas emparentadas, llamamos a esa instancia el *censor* ⁹ *del sueño*.

Desde hace tiempo saben ustedes que esa censura no es un dispositivo particular de la vida onírica. Saben que el conflicto entre dos instancias psíquicas que —de manera inexacta— designamos como lo reprimido inconciente y lo conciente gobierna toda nuestra vida anímica, y que la resistencia a la interpretación del sueño, indicio de la censura onírica, no es más que la resistencia de represión (de desalojo) por medio de la cual aquellas dos instancias se separan una de otra. Saben también que, bajo determinadas condiciones, del conflicto entre ellas surgen otros productos psíquicos, que, tal como el sueño, son el resultado de compromisos; y no pedirán que repita ante ustedes todo lo incluido en la introducción a la doctrina de las neurosis y les exponga lo que conocemos acerca de esa formación de compromiso. Han comprendido que el sueño es un producto patológico, el primer eslabón de la serie que incluye al síntoma histérico, la representación obsesiva, la idea delirante,¹⁰ pero que se distingue de los demás por su carácter pasajero y por el hecho de generarse en circunstancias que corresponden a la vida normal. En efecto, retengámoslo: la vida onírica es, como ya dijo Aristóteles, el modo en que nuestra alma trabaja durante el estado del dormir.¹¹ Este último produce un extrañamiento respecto del mundo exterior real, estableciéndose así la condición para el despliegue de una psicosis. Ni aun con el más cuidadoso estudio de las psicosis graves descubriríamos un rasgo que caracterizara mejor a ese estado patológico. Ahora bien, el extrañamiento de la realidad se produce en la psicosis de dos maneras: volviéndose hiperintenso lo reprimido-inconciente hasta el punto de avasallar a lo conciente (que depende de la realidad),¹² o bien porque la realidad se hace tan insoportablemente penosa que el yo amenazado, en una rebelión desesperada, se arroja en brazos de lo pulsional inconciente. La inofensiva psicosis del sueño

⁹ [Es esta una de las raras ocasiones en que Freud emplea la forma «*Zensor*» en vez de «*Zensur*» {«censura»}. Cf. mi nota al pie en la 26ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 16, pág. 390.]

¹⁰ [Freud repite aquí casi textualmente lo afirmado en la «Advertencia (a la primera edición)» de *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 4, pág. 17.]

¹¹ [Cf. *ibid.*, *AE*, 4, pág. 30.]

¹² [Este concepto ya aparece en uno de los más antiguos trabajos psicológicos de Freud, su primer artículo sobre «Las neuropsicosis de defensa» (1894a), *AE*, 3, pág. 56.]

es la consecuencia de un retiro del mundo exterior sólo temporario, concientemente querido, y desaparece tan pronto se retomam los vínculos con este. Mientras dura el aislamiento del que duerme, se produce también una alteración en la distribución de su energía psíquica; puede ahorrarse una parte del gasto de represión que de ordinario se usaba para sofrenar lo inconciente; en efecto, aunque eso inconciente aproveche su relativa liberación poniéndose activo, halla bloqueada la vía hacia la motilidad y expedita sólo la vía inocua que lleva a la satisfacción alucinatoria. En tales condiciones puede formarse un sueño; empero, el hecho de la censura onírica muestra que aun en el estado del dormir se ha conservado bastante de la resistencia de represión {de desalojo}.

Aquí se nos abre un camino para responder un interrogante: ¿El sueño tiene también una función, está encargado de una operación útil? El reposo exento de estímulos que el estado del dormir querría producir es amenazado desde tres lados: de manera más contingente, por estímulos externos sobrevenidos mientras se duerme y por intereses diurnos que no admiten ser suspendidos; de manera inevitable, por las mociones pulsionales reprimidas, insaciadas, que acechan la oportunidad de exteriorizarse. A consecuencia de la rebaja nocturna de las represiones {esfuerzos de desalojo}, se correría el peligro de que el reposo del dormir fuera turbado todas las veces que la incitación externa o interna llegara a establecer un enlace con una de las fuentes pulsionales inconcientes. El proceso onírico permite que el producto de semejante cooperación desemboque en una vivencia alucinatoria inocua, y así asegura la continuación del dormir. Que a veces el sueño despierte al durmiente, presa de un desarrollo de angustia, en modo alguno contradice esa función; antes al contrario, es una señal de que el guardián considera demasiado peligrosa la situación y ya no cree poder dominarla. No es raro que todavía dormidos oigamos una voz que quiere tranquilizarnos para que no despertemos: «¡Pero sí no es más que un sueño!».

He ahí, señoras y señores, cuanto quería decirles sobre la interpretación de los sueños, cuya tarea consiste en llevarnos del sueño manifiesto a los pensamientos oníricos latentes. Una vez logrado esto, en el análisis práctico casi siempre se extingue el interés por el sueño. Uno inserta, entre las otras, la comunicación que recibió en la forma de un sueño, y sigue adelante con el análisis. Pero nosotros tenemos interés en demorarnos más tiempo en el sueño; nos atrae estudiar el proceso por el cual los pensamientos oníricos la-

tentes se mudaron en el sueño manifiesto. Lo llamamos el *trabajo del sueño*. Como ustedes recuerdan, lo describí muy en detalle en mis anteriores conferencias,¹³ tanto que en este panorama de hoy puedo limitarme a unos resúmenes en extremo sucintos.

El proceso del trabajo del sueño es entonces algo enteramente nuevo, y ajeno; nada semejante a él se nos había hecho notorio antes. Nos ha proporcionado la primera visión de los procesos que se desenvuelven en el sistema inconciente, mostrándonos que difieren por completo de lo que conocemos por nuestro pensar conciente, pues a este último le parecerían por fuerza inauditos y defectuosos. Y el valor de estos hallazgos es realzado, además, por el descubrimiento de que en la formación de los síntomas neuróticos actúan los mismos mecanismos —no osamos decir: procesos de pensamiento— que mudaron los pensamientos oníricos latentes en el sueño manifiesto.

En lo que sigue no podré evitar un modo esquemático de exposición. Supongamos que en determinado caso abarquemos panorámicamente todos los pensamientos latentes, con su mayor o menor carga afectiva, por los que fue sustituido el sueño manifiesto tras una interpretación onírica consumada. Entonces nos resultará llamativa una diferencia entre ellos, diferencia que nos permitirá dar un paso adelante. Casi todos esos pensamientos oníricos son conocidos o reconocidos por el soñante; admite que en esta o estotra oportunidad pensó eso, o habría podido pensarlo. Sólo se revuelve contra la aceptación de uno de ellos; le resulta ajeno, y acaso hasta repugnante; es posible que lo arroje de sí *{weisen von sich}* presa de una agitación apasionada. Ahora se nos vuelve claro que los otros pensamientos son fragmentos de un pensar conciente —dicho de manera más correcta: preconciente—; habrían podido pensarse también en la vida de vigilia, y es probable que se hayan formado durante el día. Ahora bien, este único pensamiento desmentido, o mejor dicho esta única moción, es hija de la noche; pertenece a lo inconciente del que sueña, y por eso la desmiente y la desestima. Debí esperar el relajamiento nocturno de la represión para conseguir expresarse de algún modo. Comoquiera que fuese, es una expresión debilitada, desfigurada, disfrazada; no la habríamos hallado sin el trabajo de la interpretación del sueño. Esa moción inconciente debe a su enlace con los otros pensamien-

¹³ [La 11ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17).]

tos oníricos, exentos de objeción, la oportunidad de colarse con un disfraz que le permite pasar inadvertida a través de la barrera de la censura. Y por otra parte, los pensamientos oníricos preconcientes deben a ese mismo enlace el poder de gobernar la vida anímica aun mientras se duerme. En efecto, ya no tenemos ninguna duda: esa moción inconciente es el genuino creador del sueño, costea la energía psíquica para su formación. Como cualquier otra moción pulsional, no puede aspirar sino a su satisfacción, y en verdad la experiencia que hemos adquirido en la interpretación de los sueños nos muestra que ese es el sentido de todo soñar. En todo sueño debe figurarse como cumplido un deseo pulsional. El bloqueo nocturno de la vida anímica respecto de la realidad, y la regresión a mecanismos primitivos que posibilita, permiten que esa satisfacción pulsional deseada se vivencie como presente por vía alucinatoria. A consecuencia de esa misma regresión, las representaciones se trasponen en el sueño a imágenes visuales, vale decir, los pensamientos oníricos latentes se dramatizan e ilustran.

A partir de esta pieza del trabajo del sueño obtenemos información sobre algunos de los caracteres más llamativos y peculiares del sueño. Paso a repetir el proceso de su formación. El introito es el deseo de dormir, el extrañamiento deliberado del mundo exterior. De ahí derivan dos consecuencias para el aparato anímico: en primer lugar, la posibilidad de que afloren dentro de él modos de trabajo más antiguos y primitivos —la regresión—; en segundo lugar, la rebaja de la resistencia de represión {de desalojo} que gravita sobre lo inconciente. De este último factor resulta la posibilidad de la formación del sueño, posibilidad que es aprovechada por las ocasiones, los estímulos externos e internos puestos en movimiento. El sueño así generado es ya una formación de compromiso; tiene una doble función: por un lado es acorde con el yo, puesto que sirve al deseo de dormir mediante la tramitación de los estímulos que lo perturban, y por el otro permite a una moción pulsional reprimida la satisfacción que es posible en estas condiciones, en la forma de un cumplimiento alucinatorio de deseo. Empero, todo el proceso de la formación del sueño, permitido por el yo durmiente, se encuentra bajo la condición de la censura ejercida por el resto de la represión {esfuerzo de desalojo} que se conservó. No puedo exponer de manera más simple el proceso, pues él mismo no es simple. Lo que sí puedo hacer ahora es seguir describiendo el trabajo del sueño.

Volvamos otra vez a los pensamientos oníricos latentes. Su elemento más intenso es la moción pulsional reprimida

que se ha procurado una expresión, aunque mitigada y disfrazada, apuntalándose en la presencia de estímulos casuales y en la trasferencia a los restos diurnos. Como cualquier moción pulsional, esta también esfuerza a satisfacerse mediante la acción, pero tiene bloqueada la vía hacia la motilidad por los dispositivos fisiológicos del estado del dormir; se ve precisada a encaminarse —en el sentido retrocedente— hacia la percepción y a conformarse con una satisfacción alucinada. De tal modo, los pensamientos oníricos latentes se trasponen en una suma de imágenes sensoriales y escenas visuales. Por este camino les acontece lo que se nos presenta tan novedoso y extraño. Todos los recursos lingüísticos mediante los cuales se expresan las relaciones más finas entre los pensamientos, las conjunciones y preposiciones, las variaciones de la declinación y la conjugación, desaparecen, porque les faltan los medios que les permitirían figurarse; como en un lenguaje primitivo sin gramática, sólo se expresa la materia en bruto del pensar, lo abstracto es reconducido a lo concreto que está en su base. En cuanto a lo que resta, es fácil que parezca incoherente. El recurso en vasta escala a la figuración de ciertos objetos y procesos mediante símbolos que se han vuelto ajenos al pensar conciente responde tanto a la regresión arcaica dentro del aparato psíquico como a los requerimientos de la censura. Pero otras alteraciones emprendidas con los elementos de los pensamientos oníricos van mucho más allá. Algunos entre los que pueda descubrirse un punto de contacto son *condensados* en nuevas unidades. En la trasposición de los pensamientos a imágenes, se prefieren de manera inequívoca aquellos que admitan una reunión, una condensación de esa índole; es como si actuara una fuerza que sometiera el material a un prensado, a un esfuerzo unitivo. Luego, a consecuencia de la condensación, un elemento del sueño manifiesto puede corresponder a varios de los pensamientos oníricos latentes; y a la inversa, un elemento de estos últimos puede estar subrogado por varias imágenes en el sueño.

Todavía más asombroso es el otro proceso, el del *desplazamiento* o trasferencia del acento, que en el pensar conciente es notorio sólo como falacia o como recurso del chiste. Es que las representaciones singulares de los pensamientos oníricos no poseen todas el mismo valor, están investidas con montos de afecto de magnitud diversa y, correlativamente, el juicio las estima más o menos importantes y dignas de interés. En el trabajo del sueño, esas representaciones son separadas de los afectos adheridos a ellas; y estos afectos son tramitados por sí, pueden ser desplazados sobre otra cosa,

conservarse, experimentar mudanzas o bien no aparecer para nada en el sueño. La importancia de las representaciones despojadas del afecto retorna en el sueño como intensidad sensible de las imágenes oníricas, pero notamos que ese acento ha traspasado de los elementos sustantivos a los indiferentes, de modo que en el sueño aparece empujado al primer plano como asunto principal lo que en los pensamientos oníricos sólo desempeñaba un papel accesorio, y, a la inversa, lo esencial de los pensamientos oníricos sólo halla en el sueño una figuración colateral, poco nítida. Ninguna otra pieza del trabajo del sueño contribuye tanto a tornar a este último ajeno e incomprensible para el soñante. El desplazamiento es el principal medio de la *desfiguración* que los pensamientos oníricos deben admitir bajo el influjo de la censura.

Tras esas intervenciones sobre los pensamientos oníricos, el sueño queda casi listo. Todavía, después que ha emergido ante la conciencia como objeto de percepción, se suma un factor bastante inconstante, la llamada *elaboración secundaria*, a saber: tratamos al sueño como solemos hacerlo con todos nuestros contenidos perceptivos, procuramos llenar lagunas, introducir nexos y, así, nos exponemos muchas veces a incurrir en unos malentendidos harto groseros. Pero esta actividad por así decir racionalizadora, que en el mejor de los casos provee al sueño de una fachada tersa, inapropiada a su contenido efectivo, también puede omitirse o exteriorizarse en una medida muy modesta, y entonces el sueño exhibe abiertamente todas sus desgarraduras y saltos. Por otra parte, no debe olvidarse que el trabajo del sueño no siempre procede con la misma energía; muy a menudo se limita a ciertos fragmentos de los pensamientos oníricos, mientras que a otros se les permite aparecer inmodificados en el sueño. Entonces se genera la impresión de que en este se realizan las más finas y complejas operaciones intelectuales, se especula, se hacen chistes, se extraen inferencias, se solucionan problemas, cuando en verdad todo eso es el resultado de nuestra actividad mental normal, pudo ocurrir la víspera del sueño o durante la noche, no tiene nada que ver con el trabajo del sueño ni trae a la luz nada característico del sueño como tal. En verdad, no es superfluo volver a destacar la oposición que existe dentro de los pensamientos oníricos mismos entre la *moción pulsional inconsciente* y los restos diurnos. Mientras que estos últimos dejan ver toda la diversidad de nuestros actos anímicos, aquella, que pasa a ser el genuino motor de la formación del sueño, por regla general desemboca en un cumplimiento de deseo.

Ya habría podido decirles todo esto quince años atrás, y aun creo que efectivamente se los dije en aquella ocasión. Recopilemos ahora lo que en los años trascurridos puede haberse sumado en materia de modificaciones y nuevas intelecciones.

Como ya les dije, temo que lo encuentren muy escaso y no comprendan por qué los obligo a escuchar, y me someto yo a decir, dos veces lo mismo. Pero es que han pasado quince años, y este será, así lo espero, el modo más fácil de restablecer el contacto con ustedes. Por lo demás, se trata de cosas tan elementales, de importancia tan decisiva para la comprensión del psicoanálisis, que de buena gana se las escuchará una segunda vez; y saber que tras quince años permanecen idénticas en tan grande medida no carece tampoco de interés.

Desde luego, en la bibliografía actual ustedes tienen gran número de corroboraciones y estudios detallados, de los que sólo me propongo ofrecerles algunas muestras. También puedo espigar ahí algo que ya antes conocimos. Se refiere casi siempre al simbolismo en el sueño, y a sus otros modos de figuración. Sepan que hace poco los médicos de una universidad norteamericana se negaron a reconocer carácter de ciencia al psicoanálisis con el argumento de que no admite pruebas experimentales. Habrían podido dirigir idéntica objeción a la astronomía; es bastante difícil, por cierto, experimentar con los cuerpos celestes. Ahí no hay más remedio que atenerse a la observación. Sin embargo, investigadores de Viena han empezado justamente a corroborar por vía experimental nuestro simbolismo onírico. Cierto doctor Schrötter descubrió ya en 1912 que si a personas en estado de hipnosis profunda se les imparte la orden de soñar con procesos sexuales, en el sueño así provocado el material sexual aparece sustituido por uno de los símbolos consabidos. Por ejemplo: se ordena a una mujer soñar que mantiene comercio sexual con una amiga. En su sueño esta amiga aparece con una *maleta de viaje* que tiene pegado un cartelito: «Sólo para damas». Aún más impresionantes son los experimentos realizados en 1924 por Bettelheim y Hartmann, quienes trabajaron con personas que sufrían del estado confusional llamado de Korsakoff. Les relataron historias de grosero contenido sexual y atendieron a las desfiguraciones que afloraban cuando se les pedía la reproducción de lo relatado. Salieron entonces a relucir los símbolos, para nosotros familiares, de los órganos y el comercio sexuales; entre ellos, el símbolo de la escalera, que, según dicen con acierto los au-

tores, un deseo conciente de desfiguración no habría podido producir.¹⁴

H. Silberer [1909 y 1912] ha demostrado, en una serie de experimentos muy interesantes, que es posible sorprender al trabajo del sueño *in fraganti*, por así decir, cuando traspone pensamientos abstractos a imágenes visuales. Cuando en estados de fatiga y somnolencia quería forzarse a realizar un trabajo intelectual, a menudo el pensamiento se le escapaba, aflorando en su lugar una visión que evidentemente era su sustituto.

Un ejemplo sencillo: «Pienso —dice Silberer— que debo mejorar en un ensayo cierto pasaje poco pulido». Visión: «Me veo cepillando un trozo de madera». En estos experimentos le sucedía a menudo que no pasara al contenido de la visión el pensamiento que aguardaba ser elaborado, sino su propio estado subjetivo —lo referido al estado en vez de lo referido al asunto—, cosa que Silberer designó «fenómeno funcional». Un ejemplo les mostraré enseguida lo que se quiere decir. El autor se empeña en comparar el punto de vista de dos filósofos acerca de cierto problema; pero en su somnolencia siempre se le escapa uno de ellos, alternativamente, y por fin tiene esta visión: pide cierta información a un secretario gruñón que, inclinado sobre un escritorio, primero no le hace caso y luego lo mira enfadado y se la rehúsa. Probablemente las condiciones mismas del experimento expliquen que la visión así obtenida figure con tanta frecuencia un resultado de la observación de sí.¹⁵

Consideremos un poco más los símbolos. A algunos de ellos creímos haberlos discernido, pese a lo cual nos perturbaba no poder indicar el modo en que *ese* símbolo había cobrado *ese* significado. En tales casos era forzoso que acogiéramos con particular interés corroboraciones de otros campos: de la lingüística, el folklore, la mitología, el ritual. Un ejemplo de esta clase fue el símbolo del manto {*Mantel*}. Dijimos que en el sueño de una mujer significaba un hombre {*Mann*}.¹⁶ Creo que les impresionará enterarse de lo

¹⁴ [Estos experimentos se describen más extensamente en *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 5, pág. 388.]

¹⁵ [Freud ofreció una descripción mucho más completa de las experiencias de Silberer, con abundantes citas, en algunos pasajes agregados en 1914 a *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, 5, págs. 350-1 y 498-501.]

¹⁶ [Se hace referencia a este símbolo en las *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, 15, págs. 142 y 144, pero su aplicación a los sueños de mujeres se menciona sólo en un trabajo anterior, «Experiencias y ejemplos extraídos de la práctica analítica» (1913b), *AE*, 13, pág. 199.]

que Theodor Reik comunicó en 1920: «En el antiquísimo ceremonial nupcial de los beduinos, el novio cubre a la novia con un manto especial, llamado “Aba”, y pronuncia a ese propósito las palabras rituales: “En lo sucesivo nadie más que yo debe cubrirte”. (Citado de acuerdo con Robert Eisler [1910, 2, págs. 599-600].)» También hemos descubierto varios símbolos nuevos, de los que quiero darles al menos dos ejemplos. Según Abraham (1922*b*), la araña en el sueño es un símbolo de la madre, pero de la madre fálica de quien uno siente miedo; por tanto, la angustia frente a la araña expresa el terror al incesto con la madre y el horror a los genitales femeninos. Acaso sepan ustedes que la figura mitológica de la cabeza de Medusa se reduce al mismo motivo del terror a la castración.¹⁷ El otro símbolo del que quiero hablarles es el del puente. Ferenczi (1921*c* y 1922*b*) lo ha esclarecido. Originariamente significa al miembro viril que une a la pareja de progenitores en el comercio sexual, pero luego se desarrolla hacia significados más vastos, que se deducen de aquel. En la medida en que se debe por entero al miembro viril la posibilidad de venir al mundo desde el líquido amniótico, el puente pasa a ser el tránsito del más allá (del no-haber-nacido-todavía, el seno materno) al más acá (la vida); puesto que el hombre se representa también la muerte como un regreso al seno materno (al agua), el puente cobra asimismo el significado de un trasporte hacia la muerte y, distanciándose más de su sentido inicial, designa tránsito, cambio de estado en general. Armoniza con esto, pues, que una mujer que no ha superado su deseo de ser varón sueñe tan a menudo con puentes demasiado cortos para alcanzar la otra orilla.

En el contenido manifiesto de los sueños se escenifican muchas imágenes y situaciones que recuerdan a los consabidos motivos de los cuentos tradicionales, las leyendas y mitos. Por eso la interpretación de tales sueños arroja luz sobre los intereses originarios por los que se crearon esos motivos, aunque, claro está, no podemos olvidar los cambios de significado que afectaron a ese material en el curso de las épocas. Nuestro trabajo de interpretación descubre por así decir la materia prima, que con mucha frecuencia debe ser llamada sexual en el sentido más lato, pero que en una elaboración posterior halló las más diversas aplicaciones. Esas reconducciones suelen atraernos la cólera de los investigadores de orientación no analítica, como si nosotros pretendiéramos desconocer o menospreciar todo lo que se edi-

¹⁷ [Véase el escrito póstumo de Freud sobre este tema (1940*c*).]

ficó sobre esa materia prima en desarrollos posteriores. A pesar de ello, tales intelecciones son instructivas e interesantes. Lo mismo vale para la derivación de ciertos motivos de las artes plásticas; por ejemplo, el de un joven jugando con un muchachito, figurado en el *Hermes* de Praxíteles, que M. J. Eisler (1919) ha interpretado analíticamente guiándose por ciertos sueños de sus pacientes. Permítanme decir algo más; es que no puedo dejar de señalar cuán a menudo justamente los temas mitológicos se esclarecen mediante la interpretación de los sueños. Así, por ejemplo, la saga del Laberinto puede discernirse como figuración de un nacimiento anal: los enredados pasadizos son el intestino, el hilo de Ariadna es el cordón umbilical.

Los modos de figuración del trabajo del sueño, asunto sugerente y casi inagotable, se nos han vuelto cada vez más familiares a lo largo de un empeñoso estudio; también he de darles algunos ejemplos. Así, el sueño figura la relación de la frecuencia mediante la multiplicación de cosas homogéneas. Vean el raro sueño de una joven: ingresa en una gran sala y ahí encuentra a una persona sentada en una silla; esto se repite seis, ocho veces y aún más, pero siempre es su padre. Uno lo comprende con facilidad al enterarse, por las circunstancias que rodearon la interpretación, de que ese espacio representa al seno materno. El sueño cobra entonces el mismo valor que la fantasía, bien conocida por nosotros, de las muchachas que pretenden haberse encontrado ya con el padre en la vida intrauterina, cuando durante el embarazo él hizo una visita al seno materno. No se despisten por el hecho de que en el sueño algo esté invertido (el ingreso del padre desplazado a la persona propia); por lo demás, eso tiene también su particular significado. La multiplicación de la persona del padre sólo puede expresar que el suceso en cuestión ocurrió repetidamente. En verdad, debemos admitir que el sueño no se muestra muy atrevido expresando *frecuencia* {*Häufigkeit*} mediante *acumulación* {*Häufung*}. No tiene más que remontarse al significado primordial de la palabra {*Haufen*}, que hoy para nosotros designa una repetición en el tiempo, pero está tomado de un amontonamiento en el espacio. Ahora bien, toda vez que es posible, el trabajo del sueño traspone relaciones temporales en espaciales, y las figura así. Por ejemplo, uno ve en el sueño una escena entre personas que parecen pequeñísimas y muy distantes, como si las estuviese mirando por el extremo contrario de unos prismáticos. La pequeñez y la lejanía espacial significan aquí lo mismo: se mienta el distanciamiento en el tiempo, debe comprenderse que es una escena del remoto pasado.

Acaso recuerden que ya en anteriores conferencias dije (y mostré con ejemplos) que habíamos aprendido a aprovechar también para la interpretación rasgos puramente formales del sueño manifiesto, vale decir, a trasponerlos en un contenido de los pensamientos oníricos latentes.¹⁸ Ahora bien, ya saben ustedes que todos los sueños de una noche pertenecen a la misma trama. Pero tampoco es indiferente que estos le aparezcan a quien sueña como un continuo o los articule en varios fragmentos, y en cuántos. El número de esos fragmentos corresponde a menudo a otros tantos centros de la formación de lo pensado en los pensamientos oníricos latentes, o a corrientes en pugna dentro de la vida anímica del que sueña, cada una de las cuales predomina —si bien nunca encuentra expresión exclusiva— en un fragmento particular del sueño. Un breve sueño prólogo y un sueño principal más largo suelen estar relacionados entre sí como la condición a su ejecución {como la prótasis a su apódosis}, de lo cual pueden ustedes hallar un ejemplo muy nítido en aquellas viejas conferencias.¹⁹ Un sueño que el soñante caracteriza como «interpolado de algún modo» corresponde en realidad a una frase incidental en los pensamientos oníricos. En un estudio sobre sueños apareados, Franz Alexander (1925) ha mostrado que no pocas veces dos sueños de una misma noche se dividen del siguiente modo la tarea onírica: tomados en conjunto, dan por resultado un cumplimiento de deseo en dos etapas, que cada uno por separado no brinda. Por ejemplo, si el deseo onírico tiene por contenido cierta acción ilícita respecto de una determinada persona, esta última aparece sin disfraz en el primer sueño, en tanto que la acción se indica sólo tímidamente. Pero el segundo sueño procede de otro modo. La acción se menciona sin disfraz alguno, mientras que la persona se vuelve irreconocible o se sustituye por una indiferente. En verdad, esto impresiona como una astucia. Otra relación, semejante a esta, entre las dos partes de un sueño apareado es que una figure el castigo y la otra el cumplimiento del deseo pecaminoso. Es como si se dijera: «Si uno acepta el castigo, puede permitirse lo prohibido».

No puedo demorarlos más tiempo en pequeños descubrimientos de esta índole, y tampoco en las discusiones refe-

¹⁸ [Cf. *Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, **15**, pág. 161, y *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, **4**, págs. 333 y sigs.]

¹⁹ [*Conferencias de introducción* (1916-17), *AE*, **15**, págs. 169-70; véase para todo esto *La interpretación de los sueños* (1900a), *AE*, **4**, págs. 320 v sigs. y 336 y sigs.]

ridas al empleo de la interpretación de los sueños en el trabajo analítico. Supongo que están impacientes por enterarse de los cambios consumados en las intuiciones básicas sobre la esencia y el significado del sueño. Ya estarán preparados para oírlo: sobre eso, justamente, hay poco que informar. El punto más discutido de toda la doctrina fue sin duda la tesis de que todos los sueños son cumplimientos de deseo. Tengo derecho a decir que en las anteriores conferencias ya disipamos por completo la inevitable y siempre recurrente objeción de los legos, a saber: que sin embargo existen tantísimos sueños de angustia.²⁰ Hemos mantenido nuestra doctrina mediante la clasificación en sueños de deseo, de angustia y punitorios.

También los sueños punitorios son cumplimientos de deseo, pero no de las mociones pulsionales, sino de la instancia criticadora, censuradora y punitoria de la vida anímica. Si estamos frente a un sueño punitorio puro, una simple operación mental nos permitirá restablecer el sueño de deseo del que aquel es la réplica correcta y al que sustituyó, mediante ese rechazo, en el sueño manifiesto. Ustedes saben, señoras y señores, que el estudio del sueño fue nuestra primera ayuda en la comprensión de las neurosis. Por eso encontrarán lógico que nuestro conocimiento de las neurosis influyera luego sobre nuestra concepción del sueño. Como más adelante sabrán,²¹ nos hemos visto precisados a suponer en la vida anímica una instancia particular, criticadora y prohibidora, que llamamos «superyó». Habiendo discernido la censura onírica como una operación de esa instancia, ello nos indujo a considerar con más cuidado la participación del superyó en la formación del sueño.

Sólo dos dificultades serias se han opuesto a la teoría según la cual el sueño es un cumplimiento de deseo; elucidarlas nos llevaría muy lejos, y por lo demás ninguna de las dos ha encontrado una solución plenamente satisfactoria.²² La primera está dada por el hecho de que personas que han pasado por una vivencia de choque, un grave trauma psíquico (como tan a menudo ocurrió en la guerra y se lo encuentra también en la base de una histeria traumática), se ven remitidas por el sueño, con harta regularidad, a aquella situación traumática. Es algo que no debería suceder de acuerdo con nuestros supuestos acerca de la función del sue-

²⁰ [En la 14ª de las *Conferencias de introducción* (1916-17).]

²¹ [En la 31ª conferencia, *infra*, págs. 55 y sigs.]

²² [Estas dos dificultades fueron abordadas por primera vez en los capítulos II y III de *Más allá del principio de placer* (1920g). Se alude nuevamente a ellas en la 32ª conferencia, *infra*, pág. 99.]

ño. ¿Qué moción de deseo podría satisfacerse mediante ese retroceso hasta la vivencia traumática, extremadamente penosa? Difícil resulta colegirlo. Con el segundo hecho nos topamos casi a diario en el trabajo analítico; por lo demás, no implica una objeción de tanto peso como el primero. Ustedes ya saben que una de las tareas del psicoanálisis es descorder el velo de la amnesia que oculta los primeros años de la infancia, y llevar al recuerdo conciente las exteriorizaciones de la vida sexual de la temprana infancia contenidas en ellos. Ahora bien, estas primeras vivencias sexuales del niño están enlazadas con impresiones dolorosas de angustia, prohibición, desengaño y castigo; uno comprende que hayan sido reprimidas, pero no que posean tan vasto acceso a la vida onírica, que proporcionen el modelo para tantas fantasías oníricas, que los sueños rebosen de reproducciones de esas escenas infantiles y de alusiones a ellas. En verdad, su carácter displacentero y la tendencia del sueño al cumplimiento de deseo parecen conciliarse muy mal. Pero quizá vemos demasiado grande la dificultad en este caso. Es que a esas mismas vivencias infantiles van adheridos todos los deseos pulsionales incumplidos, impercederos, que a lo largo de la vida entera donan la energía de la formación del sueño; y cabe admitir que en su violenta pulsión aflorante {*Auftrieb*} esfuercen hasta la superficie también el material de episodios sentidos como penosos. Por otra parte, dada la manera en que este material es reproducido resulta inequívoco el empeño del trabajo del sueño, que quiere desmentir el displacer mediante una desfiguración y mudar el desengaño en confirmación. No ocurre lo mismo en las neurosis traumáticas; en ellas, los sueños desembocan regularmente en un desarrollo de angustia. Opino que no debe arredrarnos admitir que en este caso falla la función del sueño. No quiero invocar el aserto de que la excepción confirma la regla; su sabiduría me parece harto dudosa. Pero sí es cierto que la excepción no cancela la regla. Si con fines de estudio uno aísla de la fábrica entera una sola operación psíquica, como lo es el soñar, se abre la posibilidad de descubrir las legalidades que le son propias; y si luego vuelve a insertarla dentro de la ensambladura, debe estar preparado para hallar que tales conclusiones se empañan o menoscaban por el choque con otros poderes. Decimos que el sueño es un cumplimiento de deseo; si ustedes quieren dar razón de las últimas objeciones, dirán que, de todos modos, el sueño es el *intento* de un cumplimiento de deseo. Y para nadie capaz de adentrarse en la dinámica psíquica habrán dicho algo diferente. Bajo determinadas circunstancias, el sueño sólo puede imponer su

propósito de manera muy incompleta o debe resignarlo del todo; la fijación inconciente a un trauma parece contarse entre los principales de esos impedimentos de la función del sueño. Al par que el durmiente se ve precisado a soñar porque el relajamiento de la represión permite que se vuelva activa la pulsión aflorante de la fijación traumática, falla la operación de su trabajo del sueño, que preferiría trasmudar las huellas mnémicas del episodio traumático en un cumplimiento de deseo. En tales circunstancias acontece que uno se vuelva insomne, que renuncie a dormir por angustia frente a los fracasos de la función del sueño. Pues bien; la neurosis traumática nos muestra un caso extremo de ello, pero es preciso conceder carácter traumático también a las vivencias infantiles, y no hará falta asombrarse si se producen perturbaciones menores de la operación onírica también bajo otras condiciones.